

XI

Aquí, nada ocurre según se tenía pensado; se vive en lo imprevisto. Los enfermos que me interesaban, ya no están en Lourdes, se han ido en los trenes de por la noche. La monjita blanca ha recobrado el uso de sus piernas; la rodilla, después de otros baños, quedó deshinchada; su juego se había vuelto natural; se ha marchado buena y sana, andando sin ayuda de nadie. Puedo pues esperar que regresará ya curada á su claustro (1); pero, ¡ y el chico del aparato de madera!

¡ Parece ser que ha recaído, más enfermo que cuando vino, y que ha sido menester colocarlo

(1) Dos años han transcurrido desde que fueron escritos estos renglones. La hermana Justiniano ha vuelto á Lourdes, para darle nuevas gracias á la Virgen. Ha sido examinada otra vez, y ni rastro le queda de la coxalgia tuberculosa que padecía. Puede pues afirmarse que, dadas las condiciones en que se efectuó su curación, puede ésta ser considerada como realmente milagrosa.

de nuevo en su aparato, y llevárselo, moribundo, al tren!

Confieso que no sé qué pensar: no me sorprende el milagro concedido; pero el milagro dado con una mano y retirado con la otra, me desconcierta. Realmente, no sé qué pensar.

De sobra sé que un milagro que no dura, que no queda probado por el tiempo, no es un milagro; y, sin embargo, ¿ cómo negar una intervención extranatural en el caso de dicho niño? una pierna torcida se pone derecha, una corona de abscesos se seca, la piel se forma de nuevo bajo costras á punto de caerse; vuelve la salud, sin transición, sin convalecencia, con el vigor necesario para correr sin cansancio; y vuelve instantáneamente, como traída por un rayo, después de una simple inmersión en un baño de agua sucia... ¿ Puede esto explicarse por razones puramente fisiológicas? Creo que no.

Si, en efecto, me atengo á los argumentos de los médicos, decididos á no ver en los hechos que se cumplen en Lourdes, más que fenómenos de la sugestión y de la exaltación de la Fe, las cuales, según ellos, vendrían á ser como una panacea soberana contra la mayoría de los males, llego á resultados cuyo absurdo estalla, sin réplica posible.

Que personas que padecen enfermedades nerviosas, que mujeres histéricas resulten curadas por una violenta conmoción, eso, es muy posi-

ble; veo en Lourdes á muchas mujeres á quienes puede aplicarse esta teoría; sólo que, nadie las tiene por miraculadas; aquí, nadie hace caso de ellas. Pero no se trata, en este caso, de una persona mayor que pueda autosugestionarse, persuadiéndose, de antemano, de que será curada: trátase de un niño de siete á ocho años; y es preciso haber visto á niños bañarse en la piscina, para darse bien cuenta del estado de ánimo de ellos en semejante momento. Ni piensan en rezarle á la Virgen ni en curar: se rebelan, llorando y gritando, entre las manos de los enfermeros; y, una vez en el agua, chillan hasta que los sacan.

¿Qué sugestión puede haber, en tales condiciones, en un niño cuya devoción, por otra parte, es casi siempre nula?

Mas si, desde el punto de vista humano, queda para mí ininteligible el caso del niño de Belley, debo decir que, desde el punto de vista divino, me resulta más incomprensible aún.

Un hombre, una mujer, llegados al último período de la tisis galopante, son traídos, moribundos, á Lourdes, y son curados, ya en la piscina, ya durante la procesión del Santísimo, ya sin nada de todo eso, en la soledad, en un rincón: esto es una curación sin marcha lenta y progresiva, una curación inmediata. Son auscultados por varios médicos que ni rastros de lesiones hallan en ellos; se pasean, comen, beben, duermen, como todo ser normal; por decirlo así, han

resucitado. Se marchan, y, algunas veces, seis meses después, en su casa, recaen.

Esto es realmente extraño; pues jamás la sugestión, aunque sólo sea por seis meses, ha hecho reproducirse pulmones que, como dice el vulgo, había echado por la boca el enfermo; pero si puede admitirse que dichos individuos, volviendo á sus antiguas costumbres, han seguido viviendo, con desprecio de toda higiene, en los medios contaminados en donde habían contraído la tuberculosis que desapareció en Lourdes. El milagro no es, en efecto, una vacuna que pone á salvo de nuevas enfermedades á aquellos á quienes les fué dispensado, ni un suero que los preserve de la enfermedad misma que, una primera vez, les fué curada milagrosamente. Por otra parte, desde el punto de vista divino, nos está permitido el pensar que dichos enfermos, al recobrar la salud, han abusado de la gracia, siendo entonces un castigo su recaída. Pero, respecto del niño de Belley, estas hipótesis son vanas. Ni se ha movido de Lourdes, ni ha podido medir, á su edad, los beneficios recibidos; de modo que la vuelta ofensiva del mal no puede ser la señal de un aviso ó de un castigo. Entonces, ¿cómo explicar la ironía de ese falso milagro, la mentira de ese restablecimiento ficticio? ¿es una trampa tendida por el mono imitador de Dios, la renovación de la farsa de las falsas videntes que suscitó en tiempo de las apariciones de Bernadette, para trastornar

los espíritus, para que llegara la gente á dudar de los milagros verdaderos? ¿es otra cosa? y, en este último caso, ¿qué cosa es, qué misterio encierra esto?

Confieso que el caso de ese niño es lo que me ha sorprendido más en Lourdes; cuanto más lo medito, menos lo entiendo, aun cuando se restablezca el niño en el camino ó al entrar de nuevo en el hospital, pues abundan los casos de esas curaciones concedidas por la Virgen en Lourdes, pero que no han sido efectivas sino al salir de aquí el beneficiado.

Me digo, al salir del hospital, que Lourdes es mucho menos sencillo de lo que lo creen los católicos y los incrédulos. Para los unos, todo es milagro; para los otros, nada lo es. ¡Aún queda otra cosa: el misterio, según mi parecer, de un Dios que tolera las parodias ó que vuelve sobre su acuerdo!

Me voy al monasterio de las Clarisas, y al llegar entrego á la monja portera una carta de introducción que he recibido para su Abadesa. Quisiera oír, de boca de ésta, el relato de un milagro muy particular que le ocurrió, hace más de veinte años. Entro en la capilla, mientras llega la contestación. Su decorado concuerda con los ejercicios de expiación de sus religiosas; es una capillita de pueblo, muy sencilla; delante de la negra reja de la clausura hay un pobre altar guarnecido de candeleros de madera; resulta

todo muy bien, tal como debe ser en una institución consagrada á la penitencia; casi no hay nadie en el santuario en este momento, y, sentado sobre una silla, pienso en la admirable Orden de Santa Clara, reformada por Santa Coleta. Es, ciertamente la Orden de mujeres que más fiel ha permanecido á su regla; y probablemente por esta constancia es por lo que se ha mostrado más valiente, más resuelta que las demás en los días de tormenta. Además, dicho sea en loor de los hijos de san Francisco, éstos son los únicos que han resistido hasta la fecha, los únicos que tienen valor, viviendo en París, para llevar, en plena calle, como también los capuchinos, el hábito de su Orden.

En todo caso, en París, en vez de desertar como las Carmelitas, que en seguida se marcharon, las Clarisas no se han movido de su cárcel del callejón de Saxe. Privadas de jardines y faltas de aire, mueren como moscas, pero con alegría, cual reparadoras de crímenes que ignoran; resultan ahora los únicos pararrayos de la capital. Aquí, en Lourdes, ellas son también quienes aguantan los primeros choques del demonio y se ofrecen á purgar los crímenes que se cometen. Así es que á veces arrecian sobre ellas increíbles males que sólo el agua de la gruta puede curar.

El año pasado me hablaban de una de esas santas, afligida de una hinchazón tal, que más

bien resultaba un globo que una mujer. Ni podía sentarse ni estar en pie; y, echada, sufría el martirio; aquello no era una hidropesía, era una cosa nunca vista: murió, radiante de júbilo, envidiada de sus compañeras; fué menester un ataúd especial para enterrarla.

¡Qué triste es este conventito, sito á orilla del torrente, cuya ruidosa y acompasada voz oye noche y día! lo rodea un jardincillo en pendiente, y por encima de sus paredes se ven las cruces de madera de su cementerio. Poco sitio para pasearse tienen las monjas; su vida es atroz y divina; ayunos permanentes, jamás carne, sueño cortado en dos, oficios; invierno y verano, pies descalzos. ¿De qué viven? de las escasas limosnas que dejan algunos visitantes en una especie de olla con tapadera que hay en la capilla; cuando no hay nada en ese cepo, piden auxilio al obispado; pero sólo reciben la cantidad necesaria para asegurar la comida de un día, pues no pueden poseer, ni en dinero ni en provisiones, adelanto alguno; ¡tienen que ser pobres, y, en efecto, lo son!

Como se ve, en nada se parecen á ciertas otras órdenes, ávidas de ganancias é insaciables de edificios, que la Providencia ha dejado barrer del suelo francés, como una basura de la devoción.

Interrumpe la hermana mis reflexiones, viniéndome á buscar; me dice que la Abadesa está en

el locutorio, y me introduce, al salir de la capilla, en una piececita blanca y desnuda, en donde me siento sobre una silla de paja, contra una verja de hierro negro, y cerrada aún, detrás de sus barrotes, por una plancha de hierro colado llena de agujeros, no redondos, sino alargados. Y comienza la conversación, penosa detrás de semejante blindaje que ensordece la voz. Pido á la Abadesa que me relate detalladamente el milagro de que he oído hablar, y oigo la risilla alegre de una vieja, acompañada de otra risilla, pero más joven: la de la monja escucha que acompaña á la Abadesa.

— ¡Hace ya tanto tiempo, señor mío! ¡veinticinco años!...

Pero, sin hacerse rogar, me cuenta su historia:

Era hermana, con el nombre de María de los Angeles, en la casa de las Clarisas-Coletinas de la calle Sala, en Lyon, cuando, en 1867, poco después de haber pronunciado votos, á los veinticinco años de edad, fué atacada de una enfermedad cancerosa del lóbulo izquierdo del hígado; por espacio de tres años, aunque padeciendo, estuvo empleada en la enfermería, pero tuvo que hacer cama, y ya no se levantó en siete años; no podía alimentarse, y á tal punto de debilidad había llegado, que de un día á otro esperaban su muerte. Entonces fué cuando la madre Teresa, que desde hacía dos años había sido enviada á

Lourdes para establecer; con algunas otras monjas de Lyon, el monasterio actual, escribió á su casa madre de la calle Sala para conseguir que le dieran sor María de los Angeles. De dos cosas una, decía la madre Teresa : ó se curará, y será esto una prueba de que la Virgen aprueba nuestra creación de claustro, ó no se curará; pero, en este caso, dicha sor fundará la enfermería, será nuestra primera enferma, y, como miembro dolorido de Cristo, traerá suerte á la comunidad.

— Nuestra madre de Lyon, repuso la Abadesa al cabo de un silencio, no sabía á qué resolverse; le parecía, como también á los médicos, que estaba yo demasiado enferma para soportar las molestias de un viaje á Lourdes; me consultó; pero, yo, no tenía opinión; estaba atada por mi voto de obediencia, pronta á quedarme ó á marcharme donde quisieran. Perpleja estaba nuestra madre, cuando el cardenal Caverot, entonces arzobispo de Lyon, fué á visitar la abadesa. En presencia mía, nuestra madre le sometió el caso. Pensó Su Eminencia que debían enviarme á Lourdes; pero cuando le pregunté, como á superior mío que era, si había yo de solicitar de la santísima Virgen que me curase, me contestó textualmente estas palabras : « Hija mía, no tengo tal inspiración. »

Me enviaron pues aquí, con objeto de que fuera yo la primer enferma del nuevo monasterio. El viaje fué muy penoso, pero todo el mundo,

durante el trayecto, me prodigó tiernas atenciones. Al bajar de los trenes era preciso ponerme sobre una camilla, y cada vez que me movían, parecíame que me crucificaban. Finalmente, aunque medio muerta, todavía vivía cuando llegué aquí, y la madre Teresa me hizo intimar la orden de no bañarme y de pedir mi curación.

Me llevaron á la gruta; esto ocurría en 17 de septiembre de 1878. Allí me tendieron en el suelo, detrás de un altar portátil, y allí me dejaron.

Ignoraba á quién debía obedecer, si al Cardenal ó á la Abadesa. Para decir verdad, me entristecía el que pudiera curarme; ya ve usted: sólo algunos días más de tormento, y ya me iría para siempre al lado de Dios...; pero me abandonaba á su voluntad, llorando. En esto, un obispo seguido de un caballero de Lyon á quien yo conocía, entró en la gruta. Este señor me designó al obispo, quien me dirigió algunas preguntas; le expliqué lo mejor que pude por qué estaba yo en aquel sitio; ¡ apenas si podía hablar, tal era mi debilidad! y, creyendo que aquel prelado era mi nuevo superior, es decir, el obispo de Tarbes, le dije : « Monseñor, ahora es usted mi jefe, y le debo obediencia : ¿ quiere usted mandarme que me cure? »

Quedó sorprendido y me contestó : « Hija

mía, tal es mi voluntad, si también es la de la Virgen. »

Apenas si tuve tiempo para formular mi súplica : sentí en todo el cuerpo como un intenso calofrío y fui levantada de un golpe, quedando en pie. Monseñor Fonteneau — esto lo supe después — no era obispo de Tarbes, sino de Agén ; era el que me había interrogado. Se alegró mucho de mi curación y me bendijo. De todas partes habían acudido peregrinos y querían llevarme á la oficina de comprobaciones facultativas, pero el Padre Sempé, que era entonces superior de los misioneros de la Gruta, y á quien se dió en seguida cuenta del milagro, se opuso. — ¡ Está fuera de su clausura, dijo, que vuelva á ella, y lo antes posible !

Y esto es cuanto puedo contarle á usted : veinticinco años han transcurrido desde entonces, y jamás he tenido ya enfermedad alguna...

— ¿ De modo que, Reverenda Madre, no tenía usted empeño por curarse ?

— ¡ Ninguno ! exclamó vivamente la madre María de los Angeles. ¡ Lóado sea Dios, pero fíjese usted en que ahora ya no vivo sino para responder del cargo de Abadesa, que por cierto no ambicioné nunca ; y en que, entonces, estaba yo preparada — en la medida de lo posible — á parecer ante el Señor... — Y después de un suspiro cambió de conversación y me habló del bueno de monseñor Fonteneau, quien, mientras

vivió, nunca vino á Lourdes sin visitarla á ella...

— ¿ Y no ha vuelto usted á la gruta, siquiera para darle las gracias á la Virgen ?

— No, puesto que no puedo salir de la clausura ;... me han dicho que la gruta estaba muy cambiada, que por causa del excesivo gentío habían puesto verjas... yo la veo como entonces estaba : muy sencilla, sin nada...

Pienso en esto, una vez salido del convento ; pienso también en esa teoría de la sugestión, encargada de explicar las curaciones de Lourdes : ¡ esta monja, que no tenía deseo de ser curada, lo es á pesar suyo ! En cambio, de haberse sugestionado, lo contrario se habría producido : se hubiera muerto, puesto que esto es lo que ella deseaba...

Muy gastada está esta teoría de la autosugestión ; nunca se ha visto á la terapéutica sugestiva curar, como ocurre en Lourdes, enfermedades de pecho y enfermedades del hígado, cánceres y lupus ; nunca se ha visto devolver la vista á los ciegos ni el oído á los sordos. Lo cierto es que los que predicán ese género de tratamiento se ven obligados á confesar, si no son unos charlatanes, que sus efectos son muy infieles y muy restringidos : ¡ á lo sumo si consiguen calmar un poco esas afecciones nerviosas con las que nos están mareando, hace ya tantos años !

Pero, en cambio, ¡ qué hermosa prueba, suministrada por la Virgen, del poder de los votos

monásticos! pues este milagro, el de la abadesa, es el milagro de la obediencia; y recuerdo á la monjita blanca del Espíritu Santo, de Breñaña: ¿quién sabe si también ella no ha sido curada por las mismas razones? Recuerdo su exclamación: ¡Qué contenta se va á poner nuestra madre! — De modo que aquí vino por obediencia; y, por mandárselo su superiora, pidió á la Virgen su curación, resultando, después, más satisfecha por la priora que por ella misma, de la merced concedida. ¿Quién puede sondear los deliciosos abismos de un alma desprendida de sí misma y fundida en Dios?

La obediencia monástica es tan desordenada bajo su apariencia regular, tan profunda bajo la vulgar tranquilidad de sus semblantes, que no puede cumplirse sin un socorro especial de Arriba, sin una ayuda. Un superior ó una superiora, es decir, seres falibles y de inteligencia mediana, en su mayoría, ocupan en el claustro el puesto de Jesucristo; y es necesario convencerse de que, lo que mandan, lo manda Jesús; y que, lo que prohíben, Jesús lo prohíbe. — ¡Y nada sería, aún, el obedecer exteriormente, en todas cosas, grandes ó pequeñas, fáciles ó difíciles, en todo momento y en todo lugar; sino que hay, además, que obedecer interiormente, con entera dependencia del espíritu, con absoluta sumisión del corazón!

Conviene, pues, cegarse á sí mismo, no querer

examinar si es razonable ó no la orden recibida: es preciso que la sujeción sea sencilla y confiada, sin restricción mental; adherente y simple, flexible y alegre.

Tan contrario á la naturaleza humana es este ideal, que apenas si, en los conventos mismos, tiene algunos ejemplares. Tratad de persuadiros de que vais á abandonar sin reserva, por voluntad propia, cuanto constituye vuestra personalidad, cuanto hace de uno un hombre distinto de otro hombre; imaginad también que habrá que domar ese egoísmo más ó menos consciente que siempre nos incitará á ocuparnos más de nosotros mismos que de nuestro prójimo; figuráos también que habrá que renunciar á consultarse á sí mismo, á ser indiferente á las humillaciones y á los padecimientos, que ya no será uno sino un objeto animado entre las manos de un superior cuyo carácter puede ser el de un tirano ó de un extravagante que ya chochea, y que, por virtud, ya no seremos, cuando toque el prior el resorte que nos pone en movimiento, más que una máquina que gira sobre su propia personalidad para machacarla. ¡Que se imagine esto el lector, y, por pacífico y condescendiente que sea, no tardará en sentir en lo más íntimo de su ser un volcán de rebelión, pronto á estallar!

Y, sin embargo, hay humanos que aguantan, con paciencia y con alegría, de tal manera aman á Dios y son amados de Él, ese magullamiento

de su voluntad, que se esfuerzan por callarse y que se abisman en la dichosa indiferencia que el compasivo Cielo les concede. Tal me resulta la Abadesa de las Clarisas; mas, por cada uno de los que responden exactamente á la vocación divina de los claustros, á cuántos otros he conocido — y que, sin embargo eran virtuosos — que, después de entrar en monasterios adonde parecía que Dios los llamaba, han tenido que salirse, por no poder doblegarse á esa terrible regla de la obediencia absoluta...

Estos, después de haber aguantado, sin resistirse demasiado, muchas afrentas, se habían rebelado, á cierto momento, contra órdenes que les parecían imbéciles, y que sin duda lo eran; pero, en eso precisamente estribaba la prueba: racionaron, y ya no hubo salvación para ellos; en un minuto, lo poco que habían adquirido á fuerza de abnegación, quedó borrado: hubiera sido menester admitirlo todo, dejar de ser uno mismo, arrancar de sí la propia personalidad, abolirse. Lo sabían, pero la naturaleza venció á la gracia. Hoy día, salvo rarísimas excepciones, en todas las comunidades ocurre lo mismo.

Un monje admirable, que llegó á ser general de una de las más famosas Órdenes del mundo, me decía un día: « El hermano tal, á quien usted conoció, ha fallecido; no volverá usted á encontrar su igual en ningún claustro. » Yo protesté, alegando haber visto, en algunos con-

ventos, á hermanos legos y á novicios que llevaban la virtud sellada en su rostro. Pero el superior en cuestión me contestó: « Sí, no lo dudo, aún verá usted á personas santas, pero ya no verá santos. » Y añadió: « Se les da una orden, y en seguida la ejecutan, pero tratan en sí mismos de saber por qué se les ha dado tal orden; con lo cual, fatalmente, se ven inclinados á discutirla más ó menos. Basta esto para que se relaje la virtud de obediencia; ya deja de ser generosa, ya no es completa: no la bendice Dios desde el momento que razona. »

¿Dónde encontrar el porqué de este fenómeno? Para los hombres, en la obligación del servicio militar, el cual, si bien es verdad que favorece á los alumnos de los seminarios, pues les enseña la vida, es deplorable para los novicios de las órdenes monásticas: éstos, ninguna necesidad tienen de conocer ciertos detalles que les costará, luego, mucho trabajo olvidar en su celda.

En todo caso, aprenden en el regimiento una disciplina rebelde, una disciplina obedecida pero execrada; aprenden á observar y á desconfiar, á criticar ciertas órdenes; y, de regreso á los conventos, ó al entrar en ellos, llevan en sí, cuando menos, la costumbre de discutir y de censurar.

También hay que buscar el origen de semejante mentalidad en el estado morbo de una sociedad que ha sido hartamente engañada por la mentira de la exterioridad, por el abuso de las apa-

riencias. Los escándalos diarios, que antes se ignoraban, y que la prensa propaga hoy hasta en los más apartados rincones, nos han, para largo tiempo, aliviado de respeto y dispensado de atenciones.

Nadie cree ya en la honradez de los hombres políticos, en el mérito de los generales, en la independencia de los magistrados; nadie se figura que el clero está compuesto de santos. Sin admitir excepciones que en todas partes subsisten, la gente ha echado en el mismo saco los distintivos de la milicia, de la magistratura y del clero, tirándolo todo á la basura; padecemos una epidemia de irrespeto, y nadie se sustrae á esa enfermedad, pues no es posible sustraerse al medio ambiente, y menos aún á la presión demoniaca que, hoy día, se siente más intensa que nunca... : el diablo está en todo lo que pensamos y decimos; es el aire mismo que respiramos.

Temo que haya llegado el momento de esa desobediencia claustral que ha de disgregarse cada vez más en una atmósfera que se vicia por momentos. ¡Ah qué feliz es una auténtica monja que, cual la Madre María de los Angeles, nada ve, ni sabrá nunca nada de todo esto!

Pero, en vez de darle vueltas á tan importantes reflexiones, más valdría que fuese á confesarme. No es cosa tan fácil: la cripta, abierta bajo la basílica misma, y en la que están los confesonarios de los clérigos que sustituyen á

los Padres de la Gruta, resulta inabordable desde que funcionan las peregrinaciones internacionales. Por otra parte, parece como que la habitual estupidez de los arquitectos arrecia más aquí que en otros sitios. Hace un año, al llegar á la cripta veía uno, desde la entrada, un pasillo circular que conducía á la sacristía del sacerdote de guardia; los peregrinos que, para penetrar en la capilla, tenían que seguir otro camino, no obstruían el paso, y todo el mundo estaba á gusto. Hoy, todo ha cambiado; ha sido suprimido el pasillo circular, y ya no puede entrarse en la cripta sino por un solo camino; de donde resulta que se estorban y molestan los que entran y salen. En cuanto á ir á la sacristía, constituye esto toda una aventura, pues hay que dejarse zarandear por el flujo y el reflujo de los visitantes en el único camino, y luego, á cierto momento, escaparse y cortar por entre el gentío, para por fin llegar al puesto reservado al confesor.

La cripta, cuando no es inaccesible como ahora, resulta la iglesia más simpática de Lourdes. Pequeña, corta, muy baja, erizada de pilares, mal alumbrada por ampollas eléctricas, que no se apagan de día, sugiere, á pesar de todo, una idea de intimidad, de resguardo, lejos del ruidoso vagar de la multitud; cuando no la invade el gentío, puede uno aislarse en la penumbra de un rincón; además, su decorado es

más inteligente y menos vil que el de los demás templos; por encima de cada uno de sus altares, fijos en nichos de media luna, tiene dos ventanas cuyos huecos, trazados en sesgo en el espesor de las paredes, están revestidos de mosaicos de oro. Aquí, mejor que en cualquier otro sitio, se da uno cuenta del papel que debe desempeñar, en el arte monumental, ese género de adorno, libertado de su inútil afán de parodiar cuadros, como en las capillas del Rosario, ó de extrañarse en la pintura de retratos, como en las dos ridículas pastillas, pegadas á la puerta del Rosario, y que pretenden reproducir las facciones del papa León XIII, y de monseñor Schœpfer, actual obispo de Tarbes.

Aquí, el mosaico se contenta con entrelazar arabescos, follajes, flores y cruces, ejecutados en piedras de color sobre un fondo cuarteado de oro; y en la tenue claridad vertida por las troneras, y en los anaranjados rayos de las almen-dras eléctricas, centellean esos huecos con tonos leonados semejantes á los del oro del antiguo cuero de Córdoba. Esos resplandores, á la vez penetrantes y sordos, son el más fastuoso y discreto adorno de esta cueva demasiado blanca. Más que en otro sitio puede observarse, en esta cripta, por la mañana, durante las misas, el contraste que ofrecen los fuegos de las ampollas eléctricas y el fuego de los cirios encendidos en el altar. El de éstos palpita y vive, en tanto

que el otro arde, inmóvil, y se enrojece y muere. Nada menos simbólico que esa forma de alumbrado adoptada, no sólo en Lourdes, sino en París, en la mayoría de los santuarios y hasta en ciertas capillas de abadías. Es cometer un verdadero contrasentido el emplear luces inanimadas en lugares en que está Cristo, del que es viva imagen la luz; es, también, suprimir en la Iglesia la indispensable señal de la Caridad, de la que es emblema la llama. Bien lejos estamos, igualmente, de la divina liturgia que bendice, por medio de venerables y magníficas fórmulas, el aceite y la cera, con esos paquetes de hilos incandescentes cuyo menor inconveniente es dar una luz mentirosa, pues no alumbraba, y le es á uno imposible leer las oraciones bajo esos blanquecinos resplandores que se difunden y que diluyen su oro al caer de las bóvedas.

¿Qué ha sido de los extraños tipos que, en períodos tranquilos de Lourdes, frecuentaban esta cripta? ¿María, la mujer sin piernas, que saltaba, sobre las rampas del Rosario, en su plato de madera renovado, á medida que se gastaba, por los Padres de la Gruta? ¿qué ha sido de aquella impedida, sentada en un cochecillo que quedaba en la entrada de la cripta, al final del camino que conduce al altar mayor? Asistía á la misa de las diez, y el sacerdote atravesaba toda la iglesia para llevarle la comunión; y luego, á las doce, volvían á buscarla.

Nunca podía verse su cara; estaba envuelta en velos negros tan espesos, que me preguntaba yo, antes de saber que desde hacía veinticinco años padecía una enfermedad de la médula espinal, si no ocultaba una cabeza descompuesta bajo aquella careta que sólo alzaba ella lo suficiente para recibir la hostia, bajándola á seguida.

Y aquellos dos monstruosos seres, dos hermanas, colosalmente ricas, que habían hecho voto, cinco años antes, el día de la fiesta de San Benito José Labre, de vivir como él, en medio de la inmundicia; ambas, vestidas de guiñapos, bajo sus vestidos, jamás se desnudaban ni se lavaban. La mayor, de cara adusta, de facciones dibujadas con el polvo negro que llenaba sus arrugas, albergaba; en su cabellera, enjambres de piojos que corrían por sus hombros, en busca de otros compañeros domiciliados en el cuerpo. La otra, no menos sucia, se libraba, sin embargo, de multitud de piojos, con llevar el pelo cortado al rape, bajo un velo de crespón...

Despedían un olor tan atroz, que todo el mundo huía de ellas.

¿Qué ha sido, también, de aquellos destartados, monomaniacos de la devoción, que subían y bajaban las rampas, entraban en el vestíbulo de la cripta y se inclinaban, después de saludar á derecha é izquierda? Abajo, en la gruta, besaban la tierra, se levantaban, iban á la fuente, se

atracaban de agua, volvían á besar el suelo, iban á besar la roca, y otra vez iban á apiparse de agua. ¡Semejante ejercicio duraba horas y horas!

Perdidos en la inmensa multitud de los peregrinos, no los he visto, este año.

Volvamos á la cripta. Tengo, hoy, que formar en la cola de los peregrinos para entrar en ella. La atmósfera es irrespirable, voy andando detrás de espaldas, en medio de un vaho de miasmas. Por fin, empujando y empujado, me desprendo de los seres que me aprisionan, y, por entre bancos cargados de fieles á quienes tengo que molestar, llego á la sacristía: ¡está llena! Me desanimo; me digo que me confesaré otro día; sí, pero otro día será lo mismo, mientras sigan las compañías ferrocarrileras volcando aquí trenes de viajeros.

Si sólo fueran hombres los penitentes, pronto se efectuaría la lejía, pues los lavaderos suelen despachar vivamente á los pecadores del sexo masculino: ¡pero hay mujeres! y éstas quieren ser, no sólo lavadas, sino almidonadas y planchadas. De modo que, por poco abultado que sea el lío de cada una, y por poco que se esmere el lavadero, ya tenemos para horas...

Sin embargo, me decido por quedarme; como no hay sillas suficientes, permanezco en pie, en un rincón, y estudio á mis vecinos. Los de las primeras filas son hombres; están examinando

su conciencia, en actitud seria, severa : éstos, pronto vaciarán su saco á los pies del sacerdote ; y tengo grata sorpresa al ver que la mayoría de las mujeres son campesinas ; también éstas tardarán poco en narrar sus hazañas, y también las despachará más pronto el cura que si fueran burguesas.

Quizá, después de todo, no haya que esperar mucho ; pero, de todas maneras, este servicio de las confesiones, que tan bien organizado lo tenían los Padres de la Gruta cuando eran dueños de Lourdes, ; qué mal anda ahora ! Hay aquí unos cuantos sacerdotes abrumados de trabajo, y, por desgracia, los clérigos que vienen con las peregrinaciones, y á quienes se concede permiso para confesar, cuando lo solicitan, no parecen tener gran empeño en ayudar á sus colegas ; se consideran como colegiales que están de vacaciones, y no se apresuran á meterse en los confesonarios, á no ser para limpiar algunas almas de sus peregrinas. Verdad es que algunos, sobre todo entre los jóvenes, ayudan á los enfermeros ; pero más valdría dejar esta tarea á los laicos y reservarse ellos para las almas, que también necesitan ser curadas.

Ahora hay dos confesando. Van á buen paso. Se oye el repetido ruido de las taquillas que suben y bajan ; hombres, con caras repentinamente sonrojadas, salen de la cortinilla que los resguardaba, y se apresuran á marcharse. Las mu-

jes no tienen ese pudor ; están en su casa en el confesonario, se solazan, y sólo á disgusto se retiran de allí, para ceder el puesto á otras que vienen á adorar el aroma de sus pecados que aún flota en la estrecha jaula, añadiendo ellas el perfume más ó menos acentuado de los suyos propios.

Pero ninguna siente malestar al ser mirada. El hombre, sólo desea acabar cuanto antes y marcharse ; la mujer gusta de que dure la conversación.

Compadezco al pobre sacerdote que se mueve con movimientos de péndulo de reloj, tan pronto de un lado, tan pronto de otro, en esa garita con dos taquillas enrejadas. ¡ Qué calor debe de tener ! yo, que no estoy encerrado como él, me ahogo en esta atmósfera saturada de deyecciones espirituales y de effluvios de seres sudorosos. Daría algo bueno por estar ya fuera. Por fin llega mi turno. Vacío mi cesto en los oídos de un bonísimo señor que me absuelve con amplio gesto, y salgo de la sacristía ; pero ahora se trata de salir de la cripta ; siguen fluyendo las dos corrientes de gente en sentido inverso, en el estrecho pasillo, y tengo que trabajar de firme para alcanzar la salida.

¡ Ya está ! Es asombroso lo ligero que se siente uno después de una confesión ; hasta físicamente se nota la ausencia del peso que nos hemos quitado. ¡ Hay realmente una virtud perceptible, casi tangible, en el Sacramento de la Penitencia !